

PORTUGAL: GRAVE PELIGRO

ESCRIBIR, ahora, acerca de Portugal es como escribir en el agua. La situación es líquida. El poder está vacante, a pesar del directorio, del Consejo de la Revolución, del nuevo gobierno, del Copcon, de la Asamblea de las Fuerzas Armadas, o quizá por la existencia de todo ello al mismo tiempo. Se han ido superponiendo organismos sobre organismos sin que ninguno dominara realmente sobre los otros, sin que ninguna modalidad de gobernación imperase definitivamente. Hasta llegar a un punto en el que todo puede pasar. Incluso, siempre, la guerra civil. Se ha dibujado geográficamente, con arreglo a una división tradicional, histórica y económica: la del Norte contra el Sur. Un Norte menos pobre, más favorecido, más tradicionalista, más católico, más derechista que el Sur de campesinos pobres y hambre antigua. Algo demuestra esto: que el gobierno anterior, el salazarismo y su prolongación no llegaron nunca a resolver los problemas de fondo de la nación. Apenas los taparon, apenas sirvieron para algo más que para impedir su esclarecimiento. Es la lacra de este tipo de regímenes: sirven para imponer una apariencia de orden público que muchos confunden con orden natural o real. A la menor debilidad, los grandes problemas reaparecen. Es lo que se ve con más claridad en esta situación revuelta.

LO que se adivina, ahora, es una especie de mayor dominio de lo que se llaman «los moderados», fortalecidos por la posición de Melo Antunes, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno saliente, cuyo documento, firmado por otros ocho miembros del Consejo de la Revolución —destituídos inmediatamente, pero quizá readmitidos en estos momentos—, hace brotar una nueva oposición, lo que algunos llaman «tercera vía». El propio documento se refiere a una «tercera vía socialista», equidistante de la de las democracias populares del Este de Europa y de las socialdemocracias del Norte. Es imposible saber hasta qué punto este documento tiene un respaldo amplio de los militares: las fuentes de información occidental llegan a sostener que cuenta con un ochenta por ciento de las fuerzas armadas. Esta tercera vía es, en realidad, un apoyo a la postura de Mario Soares y un refuerzo en su lucha contra Vasco Gonçalves. Habría que pensar que Mario Soares tiene más talla

política de la que se pensaba y que su movilización de todas las fuerzas anticomunistas, sin desdeñar, naturalmente, la derecha, tenía más posibilidades de las que se le suponían. Mientras gritaba en el mundo que se le estaba eliminando, que se estaba acabando con las fuerzas de la democracia parlamentaria y que se iba a dar un «golpe de Praga» en Portugal, sabía levantar fuerzas de todas clases, sin repudiar la violencia. La violencia anticomunista ha sido grave, sigue siéndolo: cuando el partido y la intersindical piden armas para defenderse es porque están realmente en peligro. Podría sobrevenir una de esas matanzas de comunistas que se producen en el mundo con alguna frecuencia. La defensa de las fuerzas armadas a los comunistas atacados ha sido débil y escasa. Sigue siendo más verbal y teórica que real.

PROBABLEMENTE, Alvaro Cunhal ha jugado mal la baza política que tenía entre manos. Más de una vez hemos señalado aquí que el partido comunista portugués estaba lejos de representar la vanguardia política, sino más bien que era un movimiento a la estela de la vanguardia de las fuerzas armadas.

LO ha hecho de tal forma que ha permitido que se dijera que Portugal estaba en vías de convertirse en una democracia popular comunista, y que se elevaran todas las fuerzas típicas que suelen movilizarse en estas ocasiones. Portugal se ha convertido en un caso de guerra fría. El duro discurso de Kissinger contra la Unión Soviética, el 14 de agosto, es un discurso claro de guerra fría: «La Unión Soviética no debe asumir la idea de que tiene la opción, directa o indirecta, de influir en el derecho del pueblo portugués a determinar su propio futuro (...). La intervención de potencias exteriores para este propósito en un país que es un viejo amigo y aliado nuestro es incompatible con cualquier principio de seguridad europea». Nada podría ser más grave para Portugal que producir una guerra civil que fuera un acontecimiento de la segunda guerra fría. Desde un punto de vista español sería también extraordinariamente grave. La historia de los últimos treinta años nos muestra las dificultades de los países fronterizos a las zonas de guerra fría, la in-



Joaquín Teixeira Ribeiro, nuevo viceprimer ministro portugués, en la toma de posesión de su cargo.



El teniente coronel Antonio Carlos Magalhaes Arnao Matelo, viceprimer ministro del nuevo gobierno de Portugal.



El quinto y último gobierno portugués desde el 25 de abril de 1974. Lo que se advierte ahora es una especie de mayor dominio de lo que se llaman «los moderados», fortalecidos por la posición de Melo Antunes. Todo el tiempo que tarde en resolverse la situación política de Portugal, multiplica geométricamente todos los riesgos.

fluencia pesada sobre su política interior, sea cual haya sido la habilidad de sus gobiernos y de sus sociedades.

ESTE temor a la guerra civil y a sus consecuencias internacionales es algo que favorece a los que tan hábilmente han tomado el nombre de moderados, nombre que tiene un gran valor propagandístico. Se ofrecen como «una solución». El programa, el «proyecto nacional» de Melo Antunes revaloriza una posición sentida por muchos militares y muchos civiles, la del «tercer mundo». Portugal, dice Melo Antunes, es una nación europea y quiere continuar ligada al porvenir de Europa —entiéndese occidental, naturalmente—, pero por sus circunstancias económicas y su nivel de desarrollo es una nación del tercer mundo, y, por lo tanto, debe practicar también un neutralismo de tercer mundo, sin caer en la esfera de los Estados Unidos ni en la de la URSS. Es decir, buscaría un «neutralismo»: no muy claro si continúa perteneciendo a la OTAN y a los organismos europeos. En el desarrollo económico, Melo Antunes definió ya la vía tercermundista cuando se le encargó, a raíz del 25 de abril de 1974, de elaborar el proyecto de renovación económica del país. Melo Antunes explica ahora que se está transformando el capitalismo privado en un capitalismo de Estado, lo cual produciría una «desfiguración del socialismo». «No creo —dice— en un socialismo completamente planificado y controlado por el Estado. La intervención efectiva de todos los trabajadores a todos los niveles y según las formas que ellos mismos consideren las mejores me parece indispensable». Podría pensarse en el «modelo yugoslavo» o en el «modelo argelino».

PERO estos planes, estos proyectos, ¿son algo más que palabras? En realidad, lo que ha hecho Melo Antunes es brindar un refuerzo a la oposición socialista y de derechas en su lucha contra las formas actuales del poder y contra el predominio de Vasco Gonçalves en el mando. Quizá no tanto contra el de Otelo Saraiva de Carvalho. El comandante del Copcon puede ver ahora más posibilidades en una alianza con Melo Antunes y, por consecuencia, con Mario Soares (en el número inmediatamente anterior de TRIUNFO se señalaba ya la posibilidad de un acuerdo entre Saraiva y Soares, como maniobra política de envergadura) que en seguir la línea de Vasco.

SOARES está dispuesto a no importa qué pacto con tal de quitar todo poder a toda posibilidad de poder a los comunistas y, desde luego, de barrer a Vasco Gonçalves. Uno de los problemas de la izquierda

portuguesa es que se ha criado en el exilio y ha adquirido reflejos de situaciones antiguas. Si Cunhal, residente en la URSS y en Praga, tiene muchas de las secuelas del stalinismo, Soares ha sido amamantado en París a los pechos de un socialismo anterior a Mitterrand: del socialismo de Guy Mollet, que era un socialismo de guerra fría.

¿PUEDE, en esta situación tan fluida, en esta vacante de poder y abundancia de poderes, tener una opción la extrema derecha? El partido comunista no cesa de denunciarlo, y ha vuelto a advertirlo así en el último comunicado en el que pide «la unidad de todos los socialistas» (rechazada inmediatamente por Mario Soares) para evitar el riesgo de «contrarrevolución fascista». «Hay que reforzar urgentemente el MFA como movimiento progresista y revolucionario, si no, se verá diluido en un cuerpo militar en el cual el peso conservador es aún muy fuerte». Pero no son sólo los comunistas los que hacen esta advertencia. Hasta un hombre tan conocido por militar en la derecha —derecha democrática— como el general Galvão de Melo ha salido de su largo silencio (estuvo durante unas horas acusado de haber participado en el golpe spinolista, pero la acusación no se mantuvo) y ha hecho unas declaraciones advirtiendo que el antiguo régimen está dispuesto a reaparecer a cualquier ocasión que se le dé. Y hace unos días, Victor Alves decía en el «Diario de Noticias»: «La gente está cansada, y cuando se produzca un golpe de la extrema derecha a lo Pinochet, todo el mundo estará en la playa».

¿CUESTION de días, cuestión de semanas? Todo el tiempo que tarde en resolverse la situación política de Portugal, que el nuevo gobierno de Vasco no ha podido resolver —entre otras razones, porque el papel del gobierno en Portugal está muy disminuido—, multiplica geométricamente todos los riesgos. Es difícil suponer que un Pinochet pudiera imponerse con la facilidad con que lo hizo en Chile: arrastraría una guerra civil. Insistamos en que es lo peor que le puede pasar a ese país, y uno de los acontecimientos más graves para todos desde que terminó la segunda guerra mundial.

PERO volvamos al principio: cualquier forma de predicción es imposible en una situación tan fluida, cualquier análisis de lo que está sucediendo quedará probablemente envejecido cuando estas líneas se publiquen. Todo pasa muy de prisa y, hasta ahora, nada es resolutivo.